



NARRACIONES

AGITANDO FEMINISMOS

RÍO DULCE, GUATEMALA. NOVIEMBRE 2021

POR LUCÍA FERNANDA BONILLA



Agitando Feminismos, Río Dulce, noviembre 2021

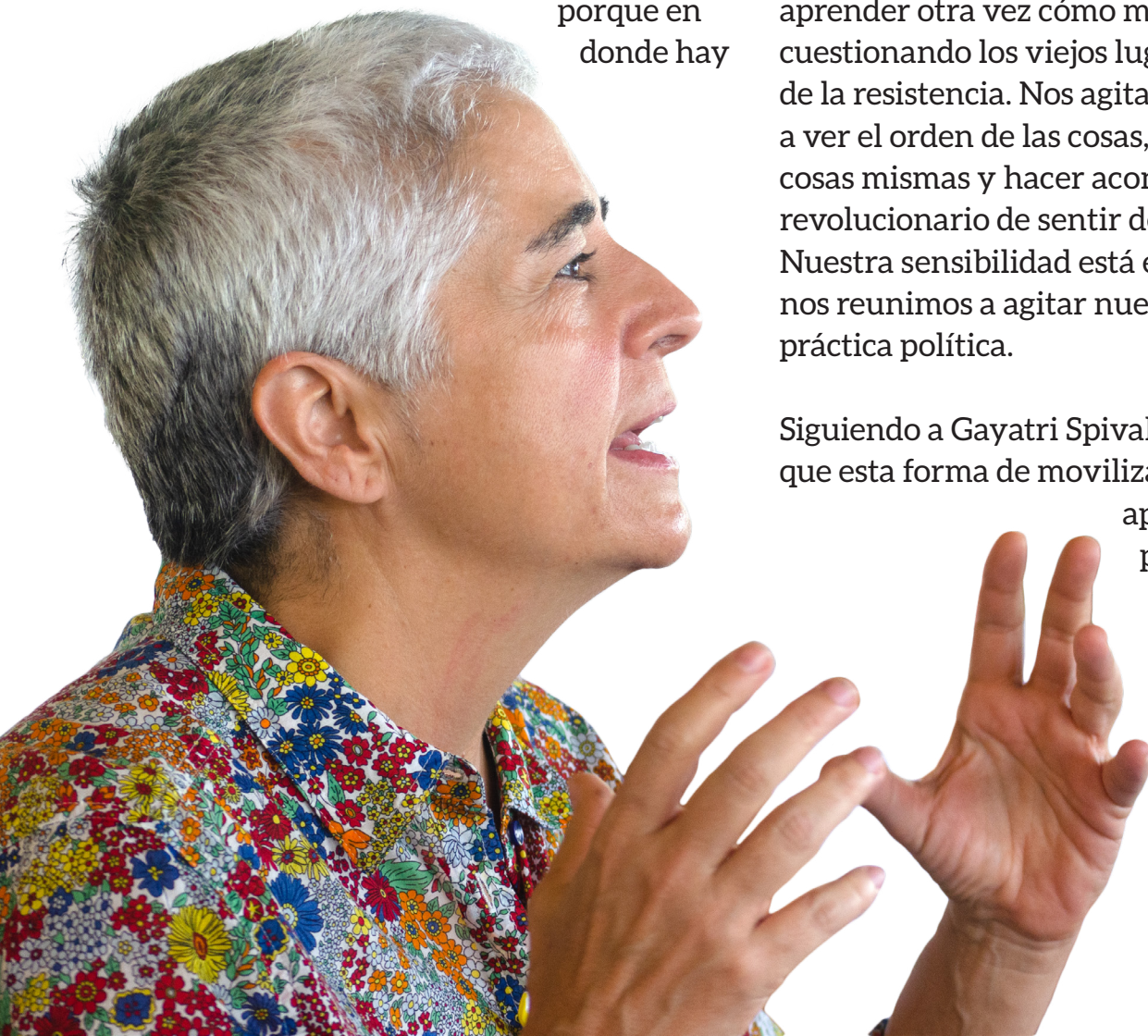
Escribo desde un territorio en ruinas, desde un cuerpo en ruinas, desde el daño que queda después de siglos de despojo capitalista, patriarcal y colonial. Escribo sobre el suelo devastado, militarizado, exterminado de comunidades indígenas de Guatemala -de Iximulew-. Pero también sobre suelos de reflorecimientos que ocurren a pesar de los múltiples sistemas de opresión que nos atraviesan¹. Escribo en medio de la regeneración que ocurre en el acto político de convocarnos desde las orillas. Nos llamamos para intentar reconstruir, colectivamente, nuestros cuerpos (humanos y no humanos). Nos convocamos

porque en
donde hay

devastación
y ruinas,
también hay
maneras otras
de reflorecer.

Me parece que agitarse es una de las muchas maneras de hacer brotar la vida entre las grietas y entre las heridas. Nos agitamos para imaginar otros mundos, para compartir el duelo, para reconstruir nuestras memorias, reinventar el lenguaje, inventar nuevas palabras y refigurar con ellas las metáforas de muerte que habitamos. Agitarse tiene que ver con aprender otra vez cómo movernos cuestionando los viejos lugares comunes de la resistencia. Nos agitamos para volver a ver el orden de las cosas, volver a ver las cosas mismas y hacer acontecer el acto revolucionario de sentir de otro modo. Nuestra sensibilidad está en juego cuando nos reunimos a agitar nuestra teoría y práctica política.

Siguiendo a Gayatri Spivak (2017), diré que esta forma de movilizar la vida es una apuesta colectiva por deshacer el legado estético de la colonización, y con ello, deshacer la producción de una capacidad





sentiente normativa. La estética, en la acepción griega de *sensibilidad*, es un modo de percibir y representar que determina,

entre otras cosas, cómo nos orientamos frente a la otredad.

La estética que delinea los bordes del presente comparte la marca de la violencia y el despojo del colonialismo. Nuestra habilidad para interpretar, leer y sentir mundos ha sido tomada, domesticada. De ahí que nuestros esfuerzos se orienten a deshacer, descolonizar y despatriarcalizar a través de lo sensible: a través del movimiento, del baile, del juego, de la digna rabia y del dolor compartido.

Durante tres días, disidentes del sistema sexo-género y trabajadoras sexuales de distintos territorios de Centroamérica incendiarnos los bordes estéticos del binarismo, del racismo, de la norma (cis) heterosexual, de la clase, la capacidad y la especie. Durante tres días nos sentamos en espiral para sentir a través del fuego y reconstruir nuestra potencia política desde las ruinas del sistema. Humanes, no humanas y alteridades significativas nos enredamos entre carne y signo para construir herramientas de liberación de nuestros cuerpos. Nos entrelazamos desde la emoción y la crítica para acuerpar y reformular nuestras luchas.

Casi dos años de pandemia nos trajeron políticas de distanciamiento y aislamiento social. Después de casi dos años de cohabitar con el virus nos juntamos a reverdecer. Nos encontramos con el bagaje de pérdidas que resultan de una

emergencia sanitaria incrustada en la desigualdad que prolifera en Abya Yala. Nos cuidamos para volver a ver y sentir la textura de los cuerpos. Nos cuidamos para abandonar las luces del ordenador y encontrarnos al calor de la cercanía de nuestras voces. Salimos, un rato, de la máquina como dispositivo de vinculación, de los reflejos en pantalla, de la conexión en línea y de la interferencia digital para permitirnos coincidir en un mismo ritmo temporal.

Empezamos el taller situándonos en el tiempo y en la historia. Llamamos a quienes, antes que nosotres, imaginaron futuros más vivibles, vidas más justas, muertes más dignas. Interferimos la línea de tiempo que nos expulsa de la historia oficial mediante un gesto de borradura en donde no caben nuestras luchas y en donde nuestras resistencias, una y otra vez, han sido desplazadas y criminalizadas. Metimos hondo la mano en el lodo de los cementerios clandestinos que inundan nuestras tierras y que



guardan las osamentas de los nuestros. Relatamos a viva voz su historia para devolverles el rostro, el nombre, la existencia. Las guardamos para que su fuego arda junto al nuestro y para reencarnar su herencia entre las llamas.

Jugando aprendimos a construir un sistema de signos propio, a inventar el vocabulario de los monstruos que es el lenguaje de la confabulación, la desobediencia y la fuga. Al igual que nuestros ancestros, perseguides por el género, la sexualidad, la clase y la raza, necesitamos de un aparato de signos que nos sirva para bailar con un pie en la modernidad y otro en nuestros orígenes (Emma Chirix). Aprendimos a hablar entre nosotres como mecanismo de autodefensa y cuidado feminista desafiando las lógicas del individualismo y apostando por diluir la frontera de la mismidad; diluir el “yo”.

¿Cómo habitamos juntas la casa de la diferencia? ¿Cómo nos entretajemos a pesar de la frontera de las categorías? Quisiera colocar una respuesta tentativa en las estéticas contrahegemónicas. Es decir, en sensibilidades descolonizadas y despatriarcalizadas que nos orienten en la práctica de navegar con y entre nuestros cuerpos



(humanos y no humanos). Pienso ahora en una estética que es también una ética política de regeneración comprometida y compartida. Quizás es justamente nuestra sensibilidad la que fue radicalmente transformada en el contacto, en la escucha de las líneas narrativas que nos marcan y que se instalan en nosotros como heridas abiertas que al tiempo que duelen, hacen puentes.

Durante tres días abrimos la herida y nos entrelazamos desde ahí. Puede ser que la casa de la diferencia se construya precisamente para tener un refugio que habitar después de la devastación. Para sentir, acompañados, las muertes que no deberíamos estar sintiendo. Pero también como un acto celebratorio de nuestras resistencias: las pasadas, las presentes y las que aún están por ser imaginadas. Nos juntamos para conspirar en contra de las máquinas de muerte del capitalismo, el especismo, el clasismo, el cis-sexismo, el racismo, el hetero patriarcado. Me atrevo a decir que nos juntamos porque, en alguna u otra medida, hemos sido heridos por las lógicas coloniales que reproducen zonas de devastación, de abandono y de muerte.

Tomamos de vuelta nuestro derecho al duelo colectivo y nos permitimos el regalo de la vulnerabilidad. Cuando dejamos salir nuestros relatos estamos narrando los efectos del ensamblaje de sistemas de opresión que han hecho de nosotros zonas de desecho, precarización y muerte. Nos agitamos, nos narramos y entonces viene el deslave. Con la voz quebrada de quienes nos donan sus relatos, nos dejamos quebrar. Quizás para transformar sea

necesario dejarse romper porque entonces se abre una herida y esa apertura, que nace de la complicidad, son hilos que nos zurcen. A pesar de las políticas deliberadas de abandono, estamos irrevocablemente unidos.

Más de una vez escuchamos salir de nuestras bocas la lava caliente que lleva tiempo ardiendo profundo en las entrañas. Salieron como cantos las muertes que lloramos demasiado pronto o que no nos dejaron llorar en absoluto. Nos encontramos en los intersticios de la expulsión y el abandono. Quizás en los otros encontramos razones para reconciliarnos con nuestros cuerpos despojados, patologizados y psiquiatrizados por el orden colonial. Nos narramos para pisarles la cola a los siglos de violencia patriarcal que se instalan sobre nuestras carnes.



Nos enredamos para sanar desde la blandura de la piel, desde la agitación, la vulnerabilidad y el cuidado.

Nos reunimos veintiún activistas. Cada una con historias y categorías distintas en el bolso de vida que llevamos sobre las espaldas (Úrsula Leguin). Mariposonas, locas, tortas, putas, degenerades, machorras, trans, gordes, no binaries, negras, mestizes, indígenas, discas; todes dejamos caer la mochila como reconociéndonos. Nos echamos a bailar para invocar la vida. Nos tiramos a reír para tumbar, al menos en parte, el sistema a carcajadas. Cantamos con el abuelo viento, abrazamos a los árboles y nos crecieron raíces. Ahora

nos movemos como rizomas: agitándonos, buscándonos, desordenándonos. Nos hacemos nudo para estrecharnos abajo del mismo suelo devastado con el que sanamos para florecer en medio de la diferencia.

La interseccionalidad nos enseñó a leer la complejidad de los vectores de poder que se despliegan a lo largo de posiciones diferenciadas. Constantemente se nos atraviesa la pregunta sobre cómo aterrizar esta teoría en prácticas de emancipación. Podría decir que la interseccionalidad se hace práctica cuando es el martillo que rompe para dejar ver la herida y para permitir la conexión desde el contacto. Nos entrelazamos desde el dolor que nos empuja a agenciar juntas desde la indignación y contra toda forma de opresión. Dolerse con les otras altera nuestra sensibilidad, nos corre de la posición identitaria que ocupamos como trinchera para volcarnos ante experiencias situadas distintas a las nuestras. Podría ser que reconocer las heridas de les otras, desde un lugar de responsabilidad, nos permita devenir juntas para cuestionar los sistemas imbricados que reproducen relaciones de dominación.

Jugando a perder nuestras luchas abrazamos las de otras y gritamos desde el calor de nuestros vientres sus consignas. Revisamos en nuestros reflejos la desigual distribución de la opresión y el privilegio. Encarnamos otros cuerpos para habitar realidades distintas y señalar la plasticidad de nuestras propias posiciones. Juntas creamos letras para bailar sobre las cenizas de las ficciones políticas que nos restringen. Cantamos por la emancipación. Nos cuestionamos los mitos del amor romántico, las leyes de la naturaleza colonial, la extracción del



tiempo trabajo de las mujeres. Nos hicimos las preguntas incómodas que ahora nos mueven a descomponer los arreglos de un sistema mundo que hiere, persigue y extermina.

Trastocar la sensibilidad en esta marea de cuerpos que se encuentran es profundamente político. Después de coincidir para confabular juntas, nos situamos en una sensibilidad hereje, en una sensibilidad que se construye desde colectividades ingobernables, colectividades que hacen peligrar la lógica hostil del individualismo. Nos dejamos convocar por el fuego para rehusar los mecanismos civilizatorios del orden colonial y del patriarcado. Enredadas, forjamos un tipo de interseccionalidad que hace más que nombrar: incomoda, quiebra, entrelaza.

Cierro este pequeño relato con la esperanza de que, al pasearse por sus líneas, se ardan con nosotres. Ojalá estas palabras sean como manos incendiarias que se estiran para avivar el fuego. Quiero pensar que las palabras también tienen un efecto de contagio y que se multiplican para acelerar los procesos de reflorecimientos. Ojalá también sus cuerpos bailen, ríen, se duelan, se celebren y se permitan infectar con sensibilidades abyectas. Sensibilidades del tipo que refiguran mundos y resguardan la vida, todas las vidas. Esta es apenas una breve memoria de los sentires que nos brotaron de la grieta y de la herida; de los parentescos que nos nacieron desbordando la lógica de la consanguineidad. Pero también es un gesto que apuesta por la apertura, que apuesta por devenir -juntas- refugios para posibles reflorecimientos.



Referencias

Tsing, A. L. (2017). *The mushroom at the end of the world*. Princeton University Press.

Spivak, G. (2017). *Una educación estética en la era de la globalización*. Siglo Veintiuno Editores.

Chirix, E. (2008). *Emma Chirix conversa con Ana Cofiño*. El Librovisor.

Le Guin, U. K. (2019) *The Carrier Bag Theory of Fiction*. Ignota.